

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL



SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CENTS



EL CAZADOR DE MOSCAS

Reflauta...! Aunque soy de un natural pacífico é incapaz de hacer daño ni á una mosca, se ha apoderado de mí en esta tarde estival un deseo insano, irresistible de cometer un espantoso "mosquicidio". La ira y el despecho nublan mi razón, y ridícula y airadamente esgrimo una plegadera y reparto tajos y mandobles... al espacio, sin conseguir aniquilar al minúsculo enemigo de mi sosiego que, con pesadez insoportable, vuela inquieto en torno mío.

El importuno y azorante huésped de mi despacho, ora se detiene

Ayuntamiento de Madrid

al borde del tintero, ora sobre la cuartilla que emborrono, ya se pasea por el lomo de un libro, ya por mis respetables narices, posándose en mi cogote ó en donde le place.

¡Rediez...! ¡Lo que es ahora...! ¡Pataplún...! ¡Quia! ¡De un salto se ha puesto á salvo de la plegadera...! ¡Oh, soberbia del hombre, que se apellida rey de la creación, y no puede evitar las molestias de un súbdito tan minúsculo y despreciable...!

Con el calor de brasa de la tardecita y el valsecito de la mosca sudo y tengo un humor de doscientos mil demonios. Varias veces he puesto la pluma sobre el papel disponiéndome á escribir un cuento infantil... Las ideas huyen de mi cerebro, y cuando recojo alguna y voy á fijarla en la cuartilla, ¡miseró de mí!, un picotazo del alado bichejo me hace perder la ilación del discurso.

Nervioso con exceso y desesperado de realizar mis propósitos, iba á dejar quieta la pluma y á huir de mi despacho, cuando recordé una historia interesante que poder contaros, adorables lectores, á propósito de las moscas.

Por poco adelantados que estéis en Historia Universal, seguramente que no os serán desconocidos los nombres de Calígula, Nerón, Helio-gábaló y otros parecidos de emperadores de la Roma decadente, déspotas cuya soberbia, estupidez ó locura hacen que su memoria execrable se perpetúe para recordar á los mayores tiranos que ha padecido la humanidad.

De Domiciano, último de los doce Césares de la casa de Augusto, que imperó en Roma quince años en el siglo primero del cristianismo, puede decirse que no tenía el diablo por donde desecharle, viniendo á confirmar tal aserto el que sus contemporáneos le llamaban el *Nerón Calvo*: Nerón, por crueldad, y calvo, porque el hombre padecía de una calvicie escandalosa que convertía su augusta cabeza en una bola de billar.

En su reinado, uno de los más angustiosos y azarosos que padeció Roma, la señora del mundo, se persiguió terriblemente á los cristianos, sometiéndolos á los más espantosos tormentos; fueron quemados públicamente los libros de universal renombre, y deserrados del Imperio los filósofos y hombres de letras, hechos omínosos que atestiguan la barbarie de este Emperador.

El cual, según afirman historiadores dignos de crédito, entretenía sus ocios en una diversión que armonizaba con la perversión de su alma.

El señor del mundo que obligaba á sus súbditos á que le tributasen honores como á un dios, el que hacía gemir con su despotismo á millones de seres, encerrábase en sus habitaciones particulares, no para meditar acerca de la prudente marcha en los múltiples y complejos negocios del vasto Imperio que regía, sino para solazarse con el ridículo y estúpido ejercicio de cazar moscas. Y cada bichejo

que caía en las imperiales manos, era ignominiosamente atravesado con un punzón de oro.

En oficio tan vil y antipático llegó el César á ser una notabilidad. Mosca infeliz que se aventuraba á volar en Palacio, mosca sacrificada.

Y cuando mayor era el número de aladas víctimas, más gozoso y satisfecho mostrábase el augusto é imbécil "mosquicida", que cifraba su vanagloria en ser el primer cazador de moscas que hubo en el mundo.

Vibio Crispo, uno de los primates de la menguada y servil corte de Domiciano, hombre ya ochentón y que debía su encumbramiento y riquezas á su odioso papel de delator en tiempos de Nerón y de Vitelio, pagó con la vida la irónica frase que hizo á costa de la ridícula ocupación á que se entregaba su amo en sus soledades.

Llegó á Palacio un hombre que deseaba ver á Domiciano, y al preguntar si se encontraba alguien con el César, Vibio hubo de responderle epigramáticamente:

—Ni siquiera una mosca.

La terrible venganza que de tal chiste tomó el *Nerón Calvo* es una lección más acerca de lo expuesto que resulta burlarse de las debilidades y ridiculeces de los tiranos.

Y aquí acaba la mosquil historia que tan grande actualidad ofrece en estos días estivales en los que el calor y las moscas son nuestros mayores enemigos.

D. LARRÚ.



Ayuntamiento de Madrid



EL POBRECILLO ANTOLIN

(CONTINUACIÓN)

PACA. Vamos todos á la cocina, y nos traeremos los platos para no tener que andar yendo y viniendo.

ISID. Vamos. ¡Ay, qué cosa! ¡Pues no estoy mareada con lo que he bebido!

JUDAS. *(Tambaleándose.)* Si lo raro es que lo estoy yo también. Blas, tú le has echado algo al vino.

BLAS. ¡Qué le he de echar! Lo que hay es que tiene muchos años, y no estáis acostumbrados á un vino de esta fuerza.

PACA. Pues es verdad, que á mí se me anda todo.

JUDAS. ¿Y tú, Antolín? *(El muchacho, calculando que va á extrañarles su serenidad, se finge embriagado y anda dando traspies.)*

ANT. ¡Yo estoy tan... tan fir... firme!

ISID. ¡Ja, ja, ja! Ya lo vemos. *(Antolín se deja caer en una silla.)*

PACA. ¡Cayó Colín!

JUDAS. ¡Este ya la entregó!

ISID. ¡Bah! Vamos con tiento. *(Se cogen de las manos, y se van todos tambaleándose.)*

ESCENA VII

ANTOLÍN solo

¡Qué escándalo! ¡Qué ajenos estarán los señoritos de lo que aquí está pasando! Merecían

que yo fuera tan mal compañero como ellos se figuran y se lo contara todo mañana cuando vuelvan. Pero no. No puedo. Yo nunca acuso á nadie, aunque tenga que pagar, como de costumbre, culpas ajenas. Así me ha educado D. Donato, y hasta que me muera he de ser así. No me gusta hacer daño á nadie; ni siquiera á estos bribones, que me quieren tan mal. Lo que no sé es cómo voy á poder seguir haciendo que bebo durante la comida, sin que noten que no lo pruebo. La cosa va á ser difícil, y si me sorprenden me van á maltratar. ¡En buena estamos metidos!

ESCENA VIII

ANTOLÍN, el SEÑOR y la SEÑORA DE PÉREZ,
D. DONATO y los NIÑOS

(Mientras Antolín dice las últimas frases, penetran silenciosamente en el comedor el Sr. de Pérez y D. Donato, que hacen señas á los demás personajes, que van entrando con el mismo silencio.)

DONA. ¡Antolín!

ANT. *(Asustado.)* ¿Qué? ¿Quién? ¡Ah!

PÉREZ. No te asustes, que contigo no va nada.

DONA. No te asustes, Antolín.
 NIÑO. No te asustes, Antolín.
 NIÑA. No te asustes, Antolín.
 SEÑO. Sabemos que tú eres inocente.
 PÉREZ. ¿Dónde están esos pícaros?
 DONA. Te mando yo que digas la verdad.
 ANT. Pues han ido á la cocina por los platos.
 PÉREZ. Por la algarazara que hemos oído desde el cuarto de al lado, están borrachos.
 DONA. Di la verdad...
 ANT. Un poco alegres.
 SEÑO. ¿Y tú?
 ANT. Yo he hecho que bebía, pero no lo he probado.
 NIÑO. Bien, Antolín.
 PÉREZ. Silencio. Todo el mundo á la mesa, y haced lo que os he dicho, suceda lo que suceda.
(Se quitan los sombreros todos, se sientan á la mesa y cogen los cubiertos, como si estuvieran comiendo. Antolín, á quien D Donato habla al oído, se pone á llenar las copas.)

ESCENA FINAL

DICHOS, y sucesivamente, ISIDORA, BLAS, PACA y JUDAS

ISID. *(Viene tambaleándose, con una fuente en las manos y cantando.)*

«Campana la de la Vela,
campanas tocan á...»

(En esto se encuentra con sus amos en la mesa, que siguen hablando bajo entre ellos muy tranquilamente, y se queda como una estatua.)

¡Cuerno! ¿Estoy soñando? ¿Será el vino? Se-se-se ñoritos...

SEÑO. *(Muy natural.)* ¡Válgame Dios, Isidora, qué pesadez! Hace una hora que hemos terminado el primer plato...

ISID. ¿El primer pla...?

PÉREZ. Sirva usted, mujer. ¿Qué le pasa á usted?

ISID. *(Empieza á servir.)* ¿A mí? A mí...

NIÑO. Te he pedido un tenedor.

ISID. ¿A mí?

DONA. ¿Y el panecillo de Viena que le he pedido?

ISID. ¿A mí?

BLAS. *(Con otra fuente.)*

«Canta, vagabundo...
tus miserias por el mundo,
que tu canción...»

¡Canastos! *(Queda también estupefacto al ver á los señores.)*

SEÑO. Siga usted contándonos, Blas, lo del vuelco del automóvil.

BLAS. ¿Lo del qué?

PÉREZ. ¿La señora resultó ilesa, verdad? Pero decía usted que el señor se había torcido una mano, ¿eh? *(Blas é Isidora se miran alón:tos.)*

SEÑO. ¿Dice usted que la niña mayor está grave? ¡Pobrecita!

BLAS. *(Se va acercando á Isidora.)* Isidora, yo debo de estar muy malo... Veo y oigo unas cosas muy raras.

DONA. Pero ¿qué hace usted con ese paraguas en las manos?

BLAS. *(Deja caer la fuente y sale corriendo.)* ¡Socorro! ¡Socorro! *(Isidora deja la fuente sobre la mesa, y retrocede espantada.)*

SEÑO. ¿Se siente usted mala? Pues ande, váyase á casa de su hermana, y mañana, cuando esté más tranquila, vuelva por la cuenta. *(Isidora se retira avergonzada.)*

PACA. *(Cantando.)*

«Yo soy la maquinista del amor.»
¡Eh! ¿Qué es esto?

PÉREZ. ¡Ah! ¿La ha avisado á usted Isidora para que sirva la mesa? La pobre se ha tenido que retirar enferma.

SEÑO. Pero ha hecho mal en hacerla á usted salir de la cama.

PACA. ¿De la ca...?

DONA. Con esa calentura.

PÉREZ. Y esas pintas... Usted debe tener viruelas...

(Concluirá.)



RELATOS DE CAZA

JUSTICIA DE DIOS

Está el buen ermitaño regando las frescas hortalizas de un huertecillo, cuando un caballero vestido á lo cazador se presenta ante él, y, arrojándose á sus pies, exclama con voz trémula y angustiosa:

—¡Padre, padre! Venid pronto... Un hombre moribundo nos espera en la fuente de los pinos...

Sabe el anciano que más que la conservación de todas las plantas vale la salvación de un alma, y así, soltando los útiles agrícolas, sigue al caballero, que por el camino relata su aventura.

—Salí—dice—esta tarde del castillo con intención de dar un paseo; pero mi afición á la caza—que ahora maldigo,—junto con llevar á la espalda la aljaba bien provista de dardos y en la mano la mortífera ballesta, me inclinó á internarme en el bosque... Andando, andando y viéndome rodeado de jarales y chaparros me puse al acecho, y estando con los ojos atentos, los oídos listos y tersa la ballesta, sentí un rumor que si al principio fué leve, luego creció según se iba acercando el objeto que lo producía. Al fin vislumbré á los pocos pasos un bulto que la penumbra ambiente y la maraña de los arbustos hacían indeciso y vago de contornos. Dejé escapar el dardo, y un grito humano me heló de espanto. Acerquéme presuroso y vi á un hombre revolcándose en su sangre...

Ayuntamiento de Madrid

Así, hablando, llegan a la fuente de los pinos y miran al moribundo tendido en medio de un verde pradecillo. Ha perdido el conocimiento, y para que lo recobre acude el ermitaño á la fontana que entre unas rústicas breñas nace, y le rocía las sienes con fresca y transparente agua.

El desventurado abre los ojos; pero la muerte enturbia ya sus pupilas. Balbucea algunas palabras pidiendo confesión, y obtenido el perdón de sus culpas, como si sólo esperara esto para morir, exhala el último suspiro. El ermitaño se acerca al caballero que, un poco retirado, ha permanecido quieto junto á un pino, y le dice con voz y ademán solemnes:

—¡ Alvar Diéguez! ¿Te acuerdas de tu hermano? Estaba enamorado de Jimena, la hermosa castellana, ¿verdad...? Pues éste, que



fué caballero, también la quería... ¿Te acuerdas de la fatal mañana en que tus servidores encontraron en una hondonada del valle el cadáver de tu hermano medio devorado por los lobos? Pues no le mataron estas alimañas. Antes que las fieras pusieran sus dientes en él, un dardo se había cebado en su corazón... ¡ Alvar Diéguez! ¿Perdonas al matador de tu hermano, que no es otro que el que aquí yace?

—¡ Sí; lo perdono!—contestó el caballero.—¡ Me ha vengado la justicia de Dios...!

JOSE A. LUENGO.



LA NOCHE DEL 9 AL 10 DE THERMIDOR

Fue una fecha memorable de la Revolución Francesa. Robespierre estaba en desacuerdo con sus compañeros, los cuales eran partidarios de la acción, mientras él quería que la ley fuese respetada. Convencido, al fin, cogió

un papel con el sello de la Commune, para hacer un llamamiento a la insurrección; pero al ir a escribir, exclamó: «¿En nombre de quién?» Estas palabras célebres le perdieron, mas su nombre quedó á salvo en la Historia.



LAS BONDADDES DE NINI

XXXV

Lo teníamos todo preparado para cuando llegase el primer día de visita.

—¿Qué hora es, madre Rosario?

—Temprano.

—Temprano no es ninguna hora; yo quiero saber la hora que es.

—Temprano.

¡Qué rabia me daba la madre Rosario aquel día aunque la quería tanto! Por más que la preguntaba, no me contestaba lo que yo quería saber.

—¿Avisó usted al abuelito *dulce* de que soy atroz de buena y que sé muchas cosas?

—Sí, Nini—contestó la madre Rosario.

—¿Y al abuelo que no es dulce?

—También.

—¿Y á mamá?

—¡Naturalmente!

—¿Y á papá?

—¡Sí, hija, sí!

—¿Y á Piluca? ¿Y á su hermano? ¿Y á la *miss*? ¿Y al *Sultán*. ¿Y á los papás de Piluca? ¿Y...?

—¡Dios mío!—exclamó la monjita.—Es preciso que te acostumbres á no ser impaciente. Sí, se ha avisado á todo el mundo. ¡Si casi nos dieron ganas de mandar poner carteles en las esquinas! ¡Ahí es nada! ¡Nini pacífica y sin hacer bondades hace una porción de tiempo! Pero es necesario que esperes tranquila.

—¡Bueno, bueno, esperaré!—dijè.

Pero no podía; no, señor, no podía, y para entretenerme un poco empecé á correr á un lado y á otro.

—¡Válgame la Virgen, Niní!—dijo la madre Rosario.—¿A que tengo que encerrarte y no ves á nadie? ¡Vaya con la niña! Estate quieta, que ya falta poco.

Trabajillo me costó, pero me estuve quieta... es decir, sentada, pero quieta; ¡quia!, ¡si no podía! De pronto oí que decían:

—¡Señorita Niní!

¡Huy! Pegué un salto que tiré una porción de bancos, y eché á correr á la sala de visitas. Era el abuelito dulce, que me besó mucho, y me dió una caja de caramelos y una muñeca vestida de *Pierrot*. Después de un rato de charla y de darme muchas veces la enhorabuena, llegó el otro abuelo; también traía otro paquete. “¿Qué será?”, pensaba yo. Lo abrió, y... era otra muñeca vestida de calabresa.

—¡Qué gracioso!—le dije.—¡Bien podías haberme comprado otra cosa!

—¡Pero si no sabía lo que iban á traerte los demás!

Llegaron papá y mamá con otro paquete.

—Enseñarme lo que traéis; andar de prisita.

Lo desenvolvieron, y... ¡Atiza! ¡Otra muñeca!

—¡Hombre!—dije.—¡Ya me va á mí cargando esto! ¡Todas muñecas!

Mamá tomó el almohadón y se puso una atrocidad de alegre, y todos me besaban mucho.

—¡Me vais á deshacer la cara!—decía yo.

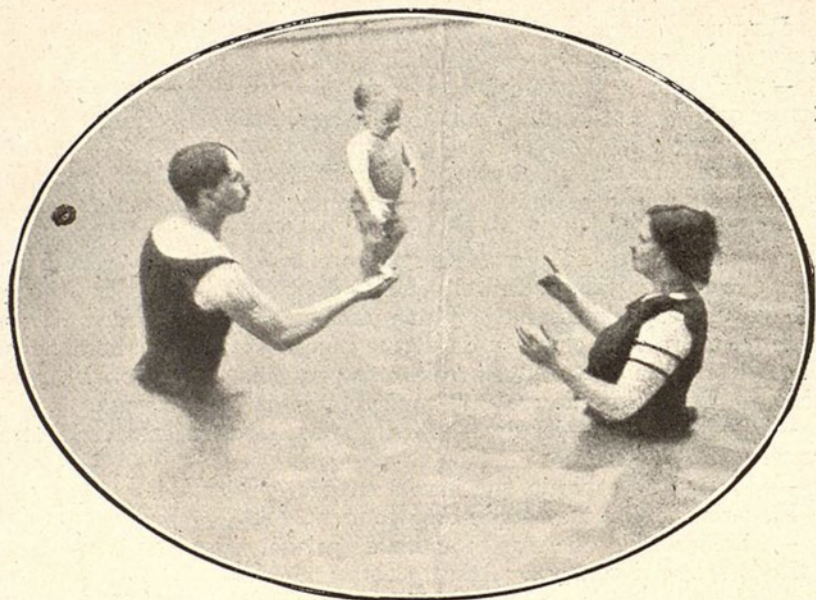
Se me olvidó decir que la madre Rosario me había puesto por fin colgada una cinta con una medalla, y al verla mis papás y abuelos se pusieron muy contentos. De pronto llegó Piluca con su *miss*.

—¡Mira, mira, Niní, lo que te he comprado por haber sido buena! ¡¡¡Una muñeca!!!

MARÍA ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO.



Ayuntamiento de Madrid



UN BEBE NADADOR

Seguramente no habrá un caso tan curioso como el del niño inglés Roy Smith, á quien sus papás enseñaron á nadar antes que á correr por la tierra.

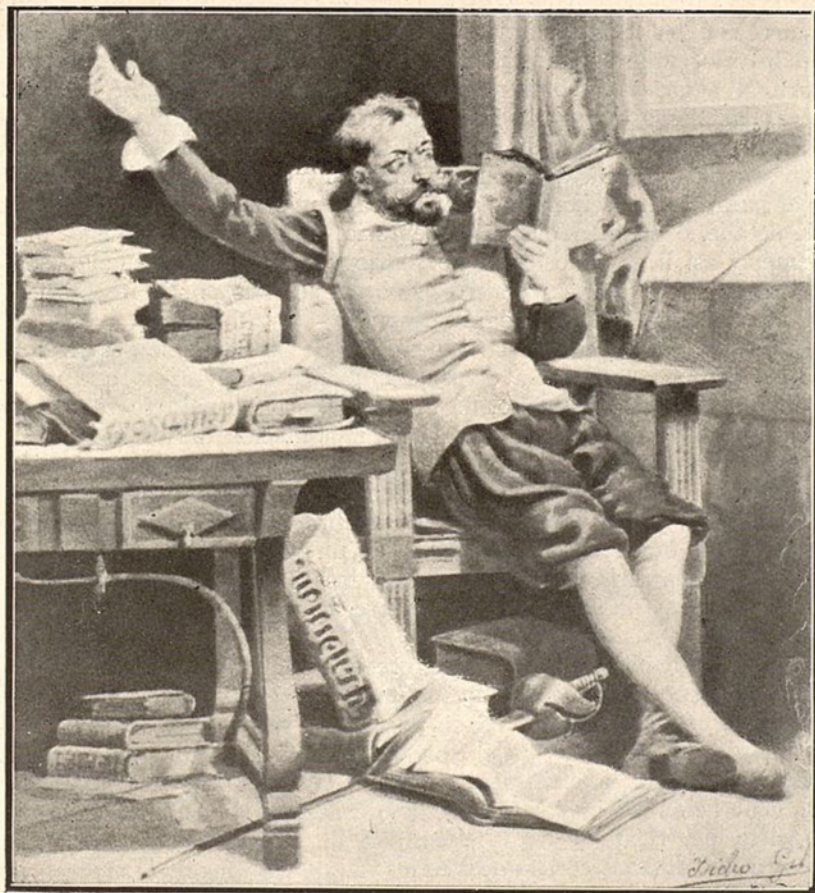
Tiene siete meses, y nada con la perfección de un nadador consumado, bajo la vigilancia de sus queridos maestros, como es natural, pues todavía es muy pequeño para dejarle solo en el agua confiado á sus escasas fuerzas.

El pequeño nadador aprendió á tenerse á flote con unos tirantes especiales contruídos para este fin, de cuyo aparato puede formarse idea por la fotografía que publicamos. El instinto ayudó luego la enseñanza, pues ya se sabe que la natación es instintiva en el ser humano, y que todos nadaríamos desde el primer momento si perdiéramos el miedo que nos produce vernos en el agua.

Tan fuerte y tan ágil está el bebé, que se sostiene de pie derecho en la mano de su papá...

¡Una verdadera monada!





LA LITERATURA

La belleza no se produce sólo con el mármol, los colores ó la piedra, sino que también se crea con la palabra; de aquí que la literatura sea otra de las artes bellas, y que su antigüedad en este concepto sea tanta ó quizá mayor que la de la escultura, la arquitectura y la pintura, pues en cuanto los habitantes de nuestro planeta tuvieron medios de expresión de sus pensamientos, y el caudal de su experiencia ó los recuerdos de sucesos pasados fueron formando un repertorio de hechos en el fondo de su memoria, tuvieron necesidad de expresarlos, y de estos relatos, de forma burda indudablemente, é incorrecta al principio, y más tarde adornados con más escogidas palabras y más incidentes fingidos por la imaginación más que tomados

de la realidad, nació la expresión primera de la literatura, porque ocurre con las ideas lo contrario que con las piedras que se encuentran en los ríos, que son angulosas, ásperas, llenas de esquinas cuando caen al agua, y el continuo rodar y arrastrarse y resbalar contra otras las desgasta y pule hasta hacerlas lisas y redondeadas, y las ideas ó los relatos, cuando salen del cerebro que primero los imaginó, son sencillos y reducidos á la mera exposición de la idea ó del hecho, y al pasar de unos hombres á otros, cada uno lo va computando con un detalle, ó añadiéndole un comentario, ó adornándole con un incidente, y así llega á nosotros, no sobrio y escueto como cuando salió de los labios del autor primitivo, sino amplificado por la imaginación de aquellos que lo han recogido después.

Pero por lo mismo que la transmisión de un hecho se desvirtúa al pasar de unos hombres á otros, era necesario un medio que materializara la idea ó el relato, de modo que su recuerdo fuese permanente y no descansara tan sólo en la imaginación de los hombres, y á esto respondió la escritura que, si bien en sus comienzos fué dependiente del dibujo—dado que se representaban las ideas por medio de símbolos, y así, para escribir la palabra *hombre* se pintaba ó dibujaba algo que recordase la forma de un ser humano,—luego, poco á poco, fué avanzando al representar los sonidos que omitimos por signos ó letras, las cuales, agrupándose, constituyen las sílabas y las palabras.

Una vez dueña del medio de expresión, adelantó la literatura considerablemente, y se conservan monumentos de las civilizaciones más antiguas, en donde en forma de poemas se relatan los orígenes maravillosos del mundo y la forma de su creación milagrosa, relatos que se fundaron á buen seguro en las consejas que de generación en generación se habían venido transmitiendo los hombres. De la práctica del relato y de la necesidad de discutir y explicarse los unos á los otros las cosas que á todos interesaban, nació la elocuencia, una de las formas de la literatura.

Pero los hombres trataron, no ya sólo de decir las cosas y de relatar los hechos con sencillez y brevedad, sino que quisieron producir belleza con la palabra, y así pulieron y cuidaron la frase, eligiendo las más propias y levantadas, y aprovechando la parecida ó idéntica terminación que muchas palabras tienen, empezaron á hacer el verso, que si al principio tuvo como base el pareado, luego fué adquiriendo la riquísima variedad de combinaciones que tiene hoy.

Y como de contar hechos pasados ó fingidos por la imaginación se encargase aquel que más habilidad tenía para ello y para fingir ó aparentar los sentimientos que expresara, de forma que pareciera que los sentía verdaderamente, de aquí nació el teatro.

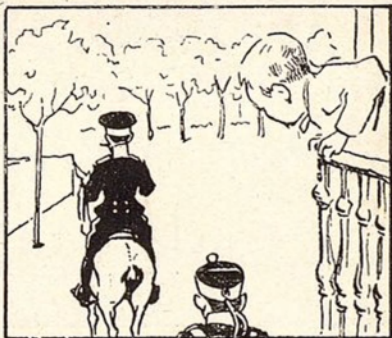
Y esto fueron los orígenes de la literatura y de la elocuencia, la dramática, la novela y la poesía.

JUAN ANTON.

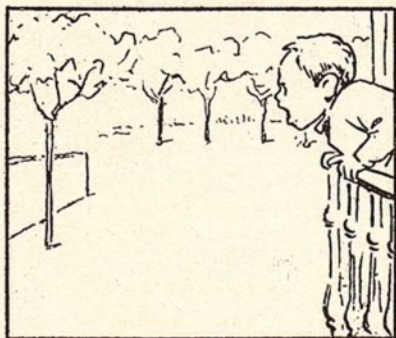
INSTINTO MILITAR



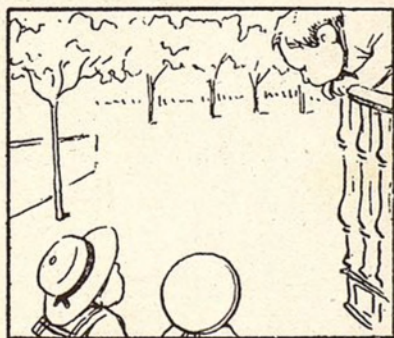
Juanito, como siempre que su papá vestía el uniforme, le acompañó con admiración hasta la puerta.



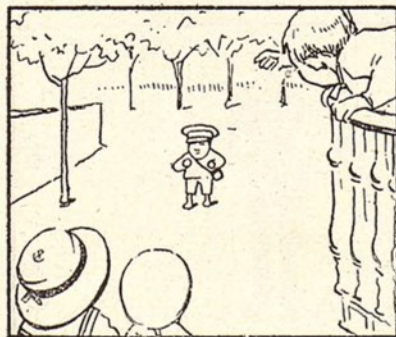
Y no satisfecho aún, se asomó al balcón y le siguió con la mirada hasta perderle de vista.



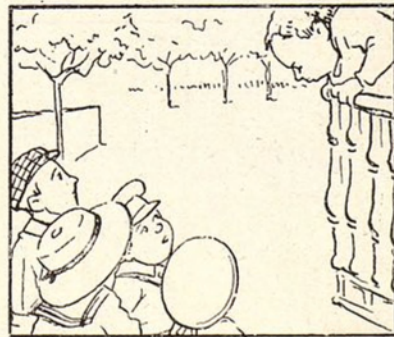
Voy á prepararle una sorpresa para cuando vuelva, pensó, y llamó á Luisín, que estaba enfrente.



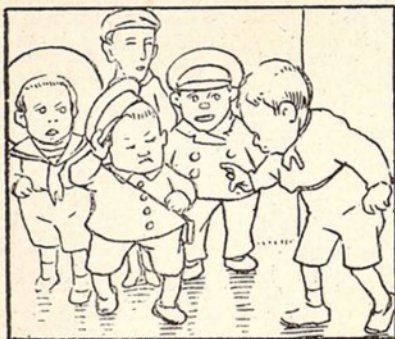
Y á Antofito, otro de sus inseparables amigos y compañeros de colegio.



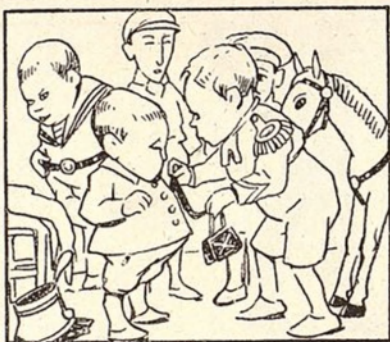
Los tres hicieron señas á Periquito, que no tardó en sumarse á la partida.



Y todavía vino á unirse á ellos inmediatamente un nuevo y agradable camarada: Paco.



Juanito salió á recibirles, y sin perder momento, les condujo al cuartó de sus juguetes.



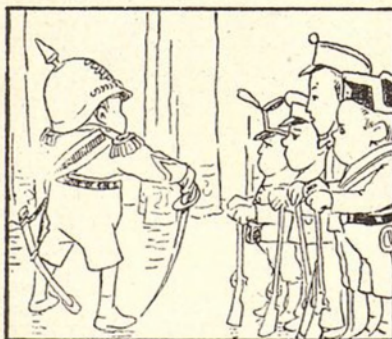
—Ponéos—les dijo—todos *estos arrees* en seguida, como hacen los soldados de verdad.



—Ahora tomad estas escopetas y espadas, y á obedecerme, que soy vuestro general.



—¡Soldados de mar y tierra mucha atención... mucho cuidadito de frente...! ¡...marchen!



—¡Alto aquí todo el ejército!, que han llamado á la campanilla.



—(Mi papá.) ¡...Presenten...! ¡¡¡...Armas!!!